

Al final queda la esperanza...

Sobre *Las sombras del mañana*, de Norbert Lechner

Jorge Aceves y Patricia Safa

NORBERT LECHNER, 2003

Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política

LOM, Santiago de Chile, 2002, 136 pp.

Este libro es uno de los últimos textos publicados por el internacionalmente reconocido investigador, político y abogado de origen alemán, pero con nacionalidad chilena, adquirida pocos meses antes de su muerte, acontecida en febrero de 2004.¹

¹ "Fallece el ensayista chileno de origen alemán N. Lechner", *YoEscribo.com* – Tu obra publicada, 20 de febrero de 2004, <www.yoescribo.com/res_new.asp?busc=&p=26&palabra=>>.

JORGE ACEVES: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente. jaceves@ciasasoccidente.edu.mx

PATRICIA SAFA: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente. psafa@ciasasoccidente.edu.mx

Desacatos, núm. 18, mayo-agosto 2005, pp. 183-188.

Norbert Lechner Bartholme nació en 1939 en Alemania y desarrolló la mayor parte de su trabajo intelectual en Chile, su país adoptivo. Las plataformas institucionales más importantes desde donde ejerció su pensamiento y motivó el debate político fueron el Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica de Chile, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y el Programa de Naciones



Unidas para el Desarrollo (PNUD). Doctor en ciencia política (Freiburg, 1969), fue profesor-investigador desde 1974 en Flacso-Chile y director de esa institución entre 1988 y 1994. Entre 1994 y 1997 fue también profesor del Flacso en su sede de México.

Formó parte del equipo responsable de la elaboración de los informes del PNUD sobre Chile (1998-2002), en los que abordó temas vinculados con el poder y el orden político, la marginación social, la desconfianza y, en el cuarto informe en especial, aspectos de la cultura y la educación, las identidades y los imaginarios sociales y políticos, así como otros temas relacionados con la subjetividad.²

La producción intelectual de Lechner es muy extensa y en México es bien conocida, en especial para los lectores interesados en cuestiones de la construcción del orden político, la democracia, la cultura política y la ciudadanía, así como las transformaciones del estado latinoamericano.³ La relación entre subjetividad y política es también una veta por donde se pueden reconocer sus aportes al pensamiento crítico en nuestro continente.

² Cfr. Eugenio Ortega, Pedro E. Güell, Norbert Lechner, Rodrigo Márquez y Soledad Godoy (coords.), *Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. 2002, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Santiago, 2002.

³ Algunos textos suyos: *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1990; *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Flacso, Santiago, 1984; *La crisis del Estado en América Latina*, El Cid, Santiago, 1977; “La política ya no es lo que fue”, *Nueva Sociedad*, núm. 144, julio-agosto, 1996; “Nuevas ciudadanías”, *Revista de Estudios Sociales*, núm. 5, Facultad de Ciencias Sociales, Fundación Social, Bogotá, 2000, pp. 25-31; “El capital social como problema cultural”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, núm. 2, abril-junio, 2002, pp. 91-109; “Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo”, *Nueva Sociedad*, núm. 180-181, julio-agosto, septiembre-octubre, 2002.

El libro de Lechner que ahora comentamos, *Las sombras del mañana*, es una compilación de artículos, dos de ellos inéditos —el primero y sexto capítulos— y cuatro más que ya habían sido publicados y que ahora se presentan re trabajados para integrar el libro en cuestión. No es un texto voluminoso, sólo tiene 120 páginas, pero bien articuladas, que van desarrollando en seis capítulos una serie de argumentos vitales para reflexionar y repensar el quehacer de la política en el contexto latinoamericano, no sólo en el chileno en particular.

El texto en su conjunto parte de considerar a la subjetividad social como la dimensión que aporta las motivaciones que estarían alimentando la esfera de la política, o eso que el autor denomina como “la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado” (p. 8). Lechner trata de mostrar cuán imbricadas están la experiencia subjetiva y el orden político, por lo que cada uno de los seis capítulos explora la carga subjetiva presente en la vida política. El manejo de nuestros miedos, la política de la memoria, las vivencias y los imaginarios acerca del “nosotros”, la naturalización de lo social, la recomposición de los mapas mentales, entre otros ejes analíticos abordados, nos muestran las múltiples maneras de cómo se entrelazan la subjetividad social y la política.

Para Lechner es claro que una sociedad “que no se interroga acerca de sí misma, que no conversa del sentido que pueda tener la convivencia actual y futura, sustrae a la política su razón de ser [...] renuncia a la política como el esfuerzo colectivo de cons-

truir una comunidad de ciudadanos y se contenta con la gestión de los negocios de cada día” (p. 13). Es así que la distancia que ahora separa a la sociedad de la política está relacionada con la dificultad de acoger y procesar la subjetividad, ya que si ésta tuviera cabida en la política, se le daría al ciudadano la oportunidad de reconocer su experiencia cotidiana como parte integrante de la vida social. Pero todo parece indicar que el sistema político no dispone de antenas capaces de “ver y escuchar”, la política se ha convertido en un sistema de autoreferencia complaciente. Es aquí que el esfuerzo analítico y el pensar crítico de Lechner quiere incidir en la transformación del rumbo que ahora parece disponer la política en nuestras sociedades latinoamericanas.

“Y no hay que esperar que el destino nos alcance, puesto que —como afirma Lechner— no sólo el pasado echa sombras, también el mañana” (p. 9). Ante las tensiones y dificultades que existen para realizar los cambios y transformaciones en nuestra realidad social y sistemas políticos actuales, no queda más que imaginar qué y cómo sería el futuro, el nuevo orden, un posible mundo mejor. Lechner le apuesta a la posibilidad de que al imaginar otros mundos se pueda transformar el mundo del presente. El camino por venir no es por lo tanto sencillo, hay grandes dificultades e importantes desafíos por enfrentar. Este es el espíritu inquieto que abraza al texto de Lechner.

En el primer capítulo, “La naturalización de lo social” (pp. 15-22), hace una primera llamada a retomar el

interés por la dimensión subjetiva en la política, ya que parece que la actual teoría política no le presta atención o la relega sin preocupación alguna. Esto manifiesta la tendencia hacia una des-subjetivación en las ciencias sociales. Por el contrario, Lechner propugna por enfatizar el carácter “constructivista” de la política moderna, dado que sólo se puede hablar de política donde el orden es concebido como resultado de la acción humana y como una parte de la producción social de nuestras formas de convivir. Le apuesta a fomentar una política de subjetivación. Dirige la crítica hacia la teoría social y a sus esfuerzos por objetivizar lo social. Observa que

la subjetividad es expulsada de la reflexión científica y que la investigación social es sometida al imperativo metodológico de un acto neutral en relación con los valores. Se da una des-subjetivación de la reflexión. Pero, al mismo tiempo, se detecta un proceso de des-materialización de lo social, en tanto que lo real ya no sería una cuestión de conocimiento sino de mera interpretación. Así, la fragilidad de lo social se expresa de modo claro. Lechner concluye que es necesario someter a las teorías sociales a una crítica cultural y prestar mayor atención a las representaciones simbólicas inherentes a toda elaboración teórica.

La “erosión de los mapas mentales” es la reflexión del segundo capítulo (pp. 23-42). Frente a los cambios acelerados ocurridos en las últimas décadas del siglo XX, las sociedades se encuentran sin instrumentos orientadores para el nuevo paisaje. Los mapas mentales (representaciones simbólicas de la realidad mediante las cuales estructuramos la trama del espacio-tiempo) están desfigurados, ya no resultan familiares, están obsoletos. No sólo hay crisis en los mapas ideológicos, también los mapas cognitivos están erosionados, pues tampoco manejamos los códigos adecuados para dar cuenta de la nueva complejidad. Hay insuficiencia en nuestros



Ricardo Ramirez Arriola

marcos interpretativos para enfocar los cambios que van transformando los procesos económicos, la estructura social y comunicativa, el ámbito cultural y los procesos políticos. Aunado a esta crisis de nuestros mapas mentales, está ocurriendo la redimensión del espacio político a partir de la mundialización económica, financiera, comunicativa, tecnológica y de consumo cultural y estilo de vida. El espacio social se transforma al tiempo que el papel del Estado nacional cambia en sus funciones coordinadoras. Tres rasgos de esta transformación se evidencian: alteración de la distancia, reestructuración de los límites y fronteras, así como redefinición de las escalas y distancias. El espacio público cede ante las estrategias de una sociabilidad basada en el individualismo. Lechner apunta que estos cambios también inciden en el tiempo político y en el malestar resentido hacia la política en general por parte de la ciudadanía. Se vuelve imperativa una agenda de reconstrucción de mapas capaces de aportar las nuevas claves para la interpretación de lo que acontece en el mundo actual.

El miedo al otro, a la exclusión y al sinsentido son los temas que trata el autor en el tercer capítulo (pp. 43-60), dedicado a “nuestros miedos”, motivaciones poderosas de la acción humana y, en particular, de la actividad política. Nos dice que “el miedo al otro” surge por considerarlo como potencial agresor, se le identifica con los delincuentes omnipresentes y omnipotentes, síntesis metafórica de una serie de agresiones difíciles de asir. El miedo al delincuente cristaliza un miedo

generalizado a cualquier otro. El miedo al otro es tanto más fuerte cuanto más frágil es el “nosotros”. La precariedad del nosotros acentúa la retracción al hogar. La familia aparece como el último refugio frente a las fuerzas hostiles del entorno, como una fortaleza asediada por todas las inseguridades. Las personas temen quedar excluidas del futuro de sus sociedades. Para defenderse —al menos subjetivamente— de las dinámicas de la exclusión, la gente se retrotrae a su mundo individual. Las personas sienten que sus miedos y anhelos, sus motivaciones y afectos no cuentan para nada, que ellas son simples agentes de un engranaje abstracto.

El más difuso de los temores es el miedo al sinsentido, dado que la vida cotidiana, acelerada a ritmo vertiginoso, con una sucesión interminable de sobresaltos y una transformación permanente del entorno laboral y del paisaje urbano, deja a la gente sin aliento para procesar los cambios. La realidad deja de ser inteligible, parece fuera de control y la gente se pregunta sobre el sentido de la vida. Queda la impresión de que la realidad desborda todo el ordenamiento instituido. Los procesos de secularización, globalización, diferenciación e individualización remueven las certezas más establecidas. Pero ante todo este universo del miedo imperante, Lechner afirma que nuestros miedos pueden llegar a ser productivos si contribuyen a traducir las carencias en tareas, por lo que, en el fondo, el miedo al sinsentido clama por un horizonte de futuro: la clausura del horizonte es la muerte. En un contexto dominado

por los miedos no queda de otra que invocar la esperanza en el devenir, en lo que todavía no es, pero que puede llegar a ser. Lechner escribe claro: no basta que un futuro sea posible, hay que tener la motivación para querer realizarlo, hay que tener pasión para afrontarlo. Concluye esta parte compartiendo otro deseo: el “sentido de vida” de cada uno reclama un futuro donde no tengamos miedo al otro, no tengamos miedo a la exclusión y gocemos de un entorno favorable para que el vivir juntos adquiera sentido.

“La construcción social de las memorias colectivas” es el capítulo cuarto (pp. 61-82), que escribe en colaboración con Pedro Güell, y que es una reflexión sobre las políticas de la memoria. Éstas son exploradas alrededor de dos cuestiones: una primera, lo que une el pasado con el presente y las capacidades actuales de enfrentar el futuro, y la segunda, el nexo que entrelaza la forma en que estructuramos el tiempo social con la forma en que ordenamos nuestra convivencia. Se pretende mostrar la manera en que la producción de los horizontes temporales está imbricada con la producción del orden social. Los autores exploran las características de los procesos de la memoria y del olvido, partiendo de que la memoria es una forma de distinguir y vincular el pasado en relación con el presente y el futuro. Afirman que la memoria es un acto del presente, es una relación intersubjetiva, elaborada en comunicación con otros y en determinados entornos sociales. A la luz del presente las memorias seleccionan e interpretan el pasado. Los usos de la memoria

pueden justificar la repetición del pasado como legitimar la transformación del presente. La memoria establece comunidades y rupturas sociales. De cualquier modo, la construcción social de la memoria se inserta en el proceso más amplio de construcción del tiempo social. Toda sociedad posee una “política de la memoria” más o menos explícita, y esto es el marco de poder dentro del cual —o en contra del cual— la sociedad elabora sus memorias y olvidos. La dramática historia reciente de Chile es un adecuado pretexto para explorar y consolidar este argumento.

La producción de la memoria nacional, la reestructuración del orden nacional y la relación entre memoria histórica y los horizontes del futuro son las coordenadas que se exploran en el penúltimo capítulo titulado “Orden y memoria” (pp. 83-98). Lechner nos habla primero de lo que constituye al orden y del vínculo que mantiene con la construcción del espacio y del tiempo social. Nos dice que el orden es creado mediante la delimitación del entorno, estableciendo una frontera entre la inclusión y la exclusión. No hay orden político y social sin límites que separen un “nosotros” de los “otros”. Y así, toda construcción de orden también implica la producción de un marco temporal, delimitado frente a un “antes” y un “después”. El orden radica en la relación que se establece entre el pasado y el futuro. Históricamente, la construcción del orden en América Latina ha tomado la forma del Estado nacional, proyecto que hizo del pueblo un sujeto colectivo de la historia. Sin embargo, escribe Lechner,

la actualidad se caracteriza por una profunda reorganización de lo nacional. La reestructuración viene impulsada por dos grandes tendencias: la globalización y la individualización. El proceso de globalización modifica los límites de inclusión y exclusión. La congruencia económica, política y cultural se hace añicos y todos los límites sociales se mueven. El desborde de lo nacional es acentuado por la reestructuración de la temporalidad, el tiempo se acelera y el pasado se contempla como ruinas sin sentido y sin utilidad para el presente. Carentes de pasado y futuro, no hay otro tiempo más que el actual: un presentismo acelerado, que dificulta cualquier concepción del orden.

De esta manera, los mapas cognoscitivos con los que se solía ordenar la realidad quedan trastocados y los procesos sociales se vuelven opacos e ininteligibles. Este desordenamiento de los esquemas de interpretación explica la causa de las inseguridades e incertidumbres que caracterizan este cambio de siglo. Lechner prevé que el desdibujamiento de los horizontes de futuro y la preeminencia de lo inmediato tiene una doble consecuencia: uno, que aumenta la contingencia; y dos, la certeza de que el futuro traerá cambios pero sin saber cuáles serán. No obstante, Lechner atisba una esperanza: la vida social requiere de un punto de sutura, que acote los límites de lo posible y disminuya la contingencia. Hay dos maneras: diseñando horizontes de futuro con un ingrediente utópico, y también, llevando a cabo un cierre del pasado, por medio del trabajo con la memoria, ya que

ésta ofrece un filtro para procesar los futuros posibles. Una tarea doble con el mismo propósito: la elaboración de una memoria histórica y de unos horizontes de futuro.

El capítulo que cierra este libro, inédito hasta antes de esta publicación, gira alrededor de la pregunta “¿Cómo reconstruimos un nosotros?” (pp. 99-124). Poniendo en evidencia, a estas alturas de la exposición de Lechner, el complejo problema que afrontan las actuales sociedades latinoamericanas, y Chile en particular, se plantea finalmente una respuesta tentativa, pero esperanzadora. Lechner retoma los resultados elaborados por los *Informes de Desarrollo Humano en Chile* producidos por encargo del PNUD (2000 y 2002) y analiza las alternativas para reorientar el cambio. Primero diagnostica la situación chilena, reconoce sus activos sociales y con lo que se puede contar para reorientar los cambios en el orden político y cultural. Al análisis del capital social le dedica una buena parte del capítulo y concluye ese aspecto con la confirmación de la débil imagen existente del “nosotros” chileno. Enseñada caracteriza los rasgos del cambio cultural en los ámbitos más reconocibles: el de la globalización interiorizada, el del acelerado proceso de individuación, el de la consolidación de una sociedad de mercado y el de la prevalencia de una cultura del consumo, potenciada con la mediación de la comunicación social. Todo esto hace que la “experiencia” y la “imagen” del nosotros sufra una gran transformación. Los cambios culturales, por añadidura, y por si no fuera



Ricardo Ramírez Arriola

poco, estarían provocando una desvinculación emocional, un proceso de desafección social. Para disminuir esta naturalización de lo social, habría que reintroducir la subjetividad en la vida social.

Lechner dice que habrá que pensar la política también como un trabajo de crítica cultural que enfrente la fragmentación de la vida social, así como la retracción privatista y el presentismo temporal. Lechner termina el texto suscribiendo una conquista de la modernidad: la defensa de la perspectiva. Esta requiere tomar distancia, desprenderse del quehacer cotidiano para poder levantar la mirada más allá de lo inmediato. Toda perspectiva es interesada, no hay neutra-

lismo inocente. Toda mirada, al estar posicionada, implica la posesión de un proyecto, una intencionalidad en relación con el futuro. La perspectiva prepara una acción intencional en relación con un mundo “por hacer”. Cuando habla de la construcción simbólica del futuro, la perspectiva se vuelve una historia narrada, por lo tanto, un relato que sitúa al presente en relación con el pasado y el futuro. Constituir esa mirada —escribe Lechner— podría ser el desafío cultural de la política en el Chile actual: contar el “proyecto país” que nace (que quiere y podría nacer) del proceso de transición. Sería contar el cuento del “nosotros” que queremos llegar a ser. Y aquí concluye la palabra

escrita del autor, más no su enseñanza y su reflexión.

Al final de la lectura el título del libro resulta muy revelador: las sombras y los peligros que nos acechan son reales y están próximos a cumplirse, sin embargo, el mañana no está hecho de puras sombras, peligros y temores. También existen, y las podemos crear-imaginar, relaciones sociales más incluyentes, más colectivas, menos fragmentadoras, más plenas y menos frustrantes, con mayor potencial expresivo, que den lugar a nuestras utopías de mundos con vidas mejores, en un futuro no muy lejano. La esperanzadora reflexión que aporta este libro de Norbert Lechner es una contribución alentadora en esta dirección.